

MARTÍN KOHAN
FUGA DE MATERIALES

Selección y edición de Leila Guerriero



EDICIONES UNIVERSIDAD DIEGO PORTALES

CRÓNICA DE UN ALMUERZO EN DISPERSIÓN

Hace un rato comí otra vez, igual que siempre, pensando en cualquier cosa. Lo descubrí un poco después, al ver en la calle un aviso de manzanas y sentirme de repente tentado, deseoso de comer una. Pero acababa de comer una, porque tal fue mi sencillo postre, y ni siquiera reparé en que lo hacía (mis ganas no fueron de comer otra manzana, sino de comer una; no deseaba repetir, deseé como se desean las cosas lejanas). Así supe que había comido como siempre, de nuevo sin saborear, sin disfrutar, sin darme el gusto, muy con otra cosa en mente.

La cosa que tengo en mente hoy por hoy tiende a ser ésta: una idea de novela; la de un tipo común que, cada tanto, se saca fotos con nenitos desnudos. Lo hace como si fuera inocente, sin sentir ninguna culpa, sin sentir que hace violencia; hasta que un día pasa algo, todavía no sé qué, y ese mundo se le viene encima. Por ahora lo que tengo es nada más que esa sola idea, que es lo mismo que no tener nada; porque una novela no se hace con ideas, sino con tonos y palabras y formas, con narrador o narradores, con tiempos verbales y con puntuación, y por ahora todo eso me falta.

Nada tengo, entonces, solamente esa idea; pero bastan esa nada y esa idea para ocupar casi siempre lo que pienso. Y por lo tanto así como, por lo tanto así comí: disperso, desatento, desapegado, algo ido; y así sigo nomás por la vida: aplicado a mis cositas, perdiéndome un poco de todo, sin enterarme demasiado de nada.

Publicado en el blog argentino Escritores del mundo.

MIGRACIONES

Una escena de migración

Los puestos de migraciones de los puertos y los aeropuertos promueven el estado de distracción, o por lo menos su apariencia. Acaso haya que ver un signo en eso. No importa qué tan atento uno esté, qué tan pendiente, qué tan concentrado; la disposición irregular de las casetas, que a veces hace que una pueda llegar a tapar a otra, la relativa distancia a la que pueden llegar a estar de la ubicación puntual del interesado, y el hecho decisivo de que los funcionarios (por lo común murmurantes) estén sistemáticamente dispuestos de perfil, determinan que sea muy probable, y a veces incluso ineludible, que en el momento preciso de ser llamado uno no se dé cuenta para nada. Nunca faltan, en estos casos, un chistido despertador, un leve cabeceo de orientación o el repiqueteo de dedos en el hombro por parte de alguno que ya advirtió lo que uno todavía no había advertido (y no importa: al precavido también lo agarrarán en baba cuando le llegue su turno). No obstante estos avisos, el *dictum* ya se cumplió: la migración, la migración propiamente dicha, el instante mismo de la migración cabal, queda signada por el estado de ausencia (en el sentido en que se dice, de un distraído, que tiene un aire de ausencia) no menos que por el inexorable destiempo (en el sentido en que se dice, también de un distraído, que “cae tarde”).

Hace poco vi pasar a Toni Negri por el puesto de migraciones del aeropuerto de Ezeiza. Había dos filas para hacer: una para los ciudadanos del Mercosur y la otra para los ciudadanos de otros países, que no fueran del Mercosur. Como el vuelo en cuestión provenía de Brasil, el conglomerado subcontinental era por lejos el más nutrido, y el zigzag robótico de la fila de viajeros auguraba una larga espera. La otra fila, en cambio, la de Negri, ni siquiera alcanzaba a constituirse en fila; era apenas una reunión somera de los extranjeros más rotundos que, alentados por la promesa evidente de un paso expeditivo, no veían la necesidad de alinearse uno detrás del otro.

En su momento, leyendo su libro *El exilio*, me había dejado perplejo una afirmación de Toni Negri, en el sentido de que, en nuestro tiempo,

el tiempo que sucedió a la era de las modernidades nacionales, la vigencia de las fronteras había caducado. Yo sabía lo que todo el mundo sabe: que Toni Negri, exilado en Francia, asilado en Francia, vivía en libertad; pero que, valientemente resuelto, por razones estrictamente políticas, a regresar a Italia, había sido puesto en prisión por el solo hecho de pisar suelo italiano. ¿Cómo podía Toni Negri, me pregunté al leer, y me pregunto todavía, proclamar la caducidad incluso política y jurídica de las fronteras nacionales, cuando para él, para él mismo, la transposición de una frontera de esa índole significó ni más ni menos que pasar del estado de libertad a la condición de prisionero? ¿Cómo podía él, justamente él, postular que esa diferencia (la que define al que emigra, la que define al que inmigra) podía darse por perimida?

Ahora acontecía lo que pocas veces acontece, o lo que pocas veces me acontece a mí: un hecho de la lectura se tocaba con un hecho de la vida. Toni Negri, pasaporte en mano, se aprestaba a transponer el puesto de migraciones. Negri pasó, como suele decirse, como por un tubo, y pronto esa mitad del recinto quedó completamente despejada. Yo por mi parte permanecí en el atascamiento del viboreo rectilíneo unos treinta o cuarenta minutos más. Los dediqué a calcular el itinerario de Toni Negri: Negri ante la cinta transportadora de los equipajes, Negri con luz verde en el sorteo de la aduana, Negri en el hall del aeropuerto de Ezeiza, Negri en remís por la autopista Ricchieri. Esa estimación imaginaria, ese ejercicio conjetural, que se lo debía todo al nada-que-hacer de la larga espera, me revelaba, en cierto modo, por contraste, el espesor, la densidad, la duración de mi propia travesía migratoria-inmigratoria. Yo volvía apenas de Porto Alegre, de un viaje de apenas dos días. No obstante vivía, con insólita plenitud, en estado de paladeo, la experiencia gozosa del que regresa por fin al lugar al que pertenece.

Ensayos de emigración

Dos días en Porto Alegre, o siete en México, o seis en Chile, o doce en Francia: cada viaje, por sucinto que sea, es capaz de imponerse como un ensayo de emigración. No importa qué tan corta resulte la distancia del trayecto ni qué tan escasa la duración del no-estar: bastan siempre para alterar el sueño (y no por el jet lag, que en definitiva es una afección del sujeto, sino porque la hora, la realidad del tiempo, es objetivamente

otra), para alterar el apetito (tener hambre se torna, como ocurre en la infancia, un verbo transitivo: se tiene hambre de esto o de aquello, y no hambre en general; se tiene hambre de las comidas faltantes, de las comidas que no hay) y para alterar el lenguaje (y no por la eventual obligación de desempeñarse en otros idiomas: es el castellano mismo el que se transforma, sobre todo en los lugares en los que se habla también en castellano; el mío, por ejemplo, a poco de estar en México, o en Chile, o en Salta, o en Chubut, vira automáticamente hacia un porteñismo cinematográfico, exagerado, agardelado más allá de mi voluntad).

Se parte con pena y se retorna con urgencia, siempre; incluso si se trata de un viaje de dos días (más apretura, imposible: un día, el de llegar; otro día, el de volver) no más que a Porto Alegre (donde se torna incluso posible, en un gesto puramente defensivo, concebir al portugués como si fuese “otro castellano”). Es falso lo que postula Marc Augé: que las salas de espera y embarque de los aeropuertos son no-lugares, espacios de desubjetivización; en realidad es ahí donde empieza la lucha interior del viajero a contramano, el desafío de inventar la repetición donde impera la diferencia (a Marc Augé lo vi una vez en Río Cuarto, Córdoba, y ese contrapeso contextual me ayudó a poner reparos a sus hipótesis de sobremodernidad).

Nada de esto afecta, aunque a simple vista pueda parecer lo contrario, la cuestión de la clasificación nacional. Esa clasificación cuenta sin dudas para los controles estatales, cuenta para la administración (incluida la administración de justicia); pero no necesariamente es la que define los modos de la pertenencia y el reconocimiento. Quien se haya embriagado de argentinidad, como yo lo hice, en torno del obelisco en junio de 1978 y en torno de la pirámide de mayo en abril de 1982, precisa el resto de su vida para desintoxicarse, y le queda para siempre un reflejo cauteloso, un vade retro de prevención. Pero la pertenencia no tiene por qué adoptar los parámetros nacionales para existir y ser eficaz. La pertenencia: ese gusto de lo consabido que empieza a perderse ya en las salas de embarque de los aeropuertos.

Griselda Mársico, traductora de alemán, ha destacado oportunamente hasta qué punto Walter Benjamin, con una sutileza que las versiones castellanas no siempre acatan, prescinde del vocabulario de lo nacional para definir su ámbito de pertenencia. Lo que Benjamin señala, en todo caso,

por una parte, en lugar de la alemanidad, es una forma más amplia, pero no menos precisa, de la tradición, para la que probablemente no exista mejor definición que la que aporta la palabra “cultura”; y lo que señala también, por otra parte, como expresión topográfica del lugar de donde uno es, es la ciudad (pero la ciudad también dividida en partes, una ciudad que también tiene fronteras: esta zona, y no aquella otra, de Berlín. Y en esa zona de la ciudad, un tiempo en particular: el de la infancia).

La identificación nacional se presenta demasiado conectada con la maquinaria estatal (no ya con una identidad culturalmente producida, sino con una identificación policialmente suministrada y requerida) y se presta con toda evidencia a los peores propósitos posibles (los de la persecución, los de la represión, los de la guerra). En cambio una ciudad, y en esa ciudad una determinada zona (un poco como en el tango: hay un fervor de Buenos Aires, y hay un fervor duplicado de los barrios de Buenos Aires: Pompeya, Almagro, Bajo Belgrano, Palermo), ofrecen una fórmula perfectamente ajustada para la pertenencia y el reconocimiento. Un término de la legalidad preserva esa forma de arraigo: se dice “ciudadanía”. Y un término de la coloquialidad alude a la deuda que ese arraigo se cobra: cuando se vuelve, se vuelve al “pago”. Ese borde es más concreto que el que propone la nación. Y el otro borde es más abstracto, más amplio, más abarcativo; más general pero no por eso menos tangible: eso que Benjamin podía reencontrar en París, y hasta en Ibiza, o en Marsella, o en Dinamarca con Brecht; pero no en Estados Unidos, no en Nueva York, no con el transplante californiano de Frankfurt.

El sentido de una emigración depende de la manera en que se define la pertenencia. Los viajes me ponen, no solamente más porteño, sino también más judío. No es al país adonde uno quiere volver, sino a la ciudad (lo sabe quien dispuso el diccionario de las comunicaciones de avión: los pilotos, las azafatas, los comisarios de a bordo, hablan siempre de ciudades, nunca de países; dicen: “El aeropuerto de Ezeiza, de la ciudad de Buenos Aires”, y no “de la República Argentina”; o peor, como sería más exacto: “El aeropuerto Ministro Pistarini, de la ciudad de Ezeiza”, lo que resultaría difícil de soportar: tanto viaje, tantas horas, tanto vuelo, para no haber llegado todavía a Buenos Aires). La ciudad no entabla una relación metonímica con el país, más bien funciona como su oportuna alternativa (por eso Charly García compuso, en ocasión de la guerra

de Malvinas justamente, “No bombardeen Buenos Aires” –y luego en el tema dice: “No bombardeen Barrio Norte”: piensa en el barrio, el locus cabal es el barrio).

Para despegar de esta particularidad urbana o suburbana, y para expandirla, la opción no es la argentinidad, sino el judaísmo. De repente, como en el milagro de las revelaciones, me descubro judío. Un judío sin Dios, según la fórmula adoptada por Peter Gay para referirse a Freud, y sin Estado, porque Israel no entra en la definición (sin Dios y sin Estado: en el judaísmo, aunque sólo en el judaísmo, funciono como un anarquista). Un judaísmo completamente difuso y a la vez, si bien no por mi voluntad, terriblemente concreto (esto es, inscripto en mi cuerpo). Del judaísmo no se puede emigrar, entre otras cosas porque la emigración en buena medida lo constituye, hace a su tradición, hace su tradición. En estado de judaísmo, empiezo a distinguir a los judíos y empiezo a ser distinguido por ellos. En julio de 1995, caminando por la Quinta Avenida de Nueva York, fui abordado por un judío (él mismo se nombró así y me nombró así, haciéndome saber hasta qué punto tengo cara de judío). Su objetivo primordial, mediante una complicada argucia sobre cuentas bancarias y tarjetas de crédito, era evidentemente el de enredarme en una estafa. No obstante esta artimaña hostil, alargué cuanto pude nuestra conversación-pulseada. No dejaba de ser una especie de performance de lo judío, una actuación de estereotipos judaicos: el hábil negociante (él), el posible prestamista (¿yo?), el avaro irreductible (yo). Quería estafarme, ya lo sé, y lo supe al momento; pero para entonces yo llevaba ya quince días faltando de Buenos Aires, y por eso no dejé de sentir aquel duelo verbal y callejero como un gesto de fraternidad y un alivio más que oportuno para la distancia y la ausencia.

Héroes de la emigración

De mis antiguas intoxicaciones nacionalistas, me quedó un lastre: el culto de los héroes. Tengo héroes (lo digo como dicen, los que tienen vicios, que tienen vicios), y los tengo en ámbitos ciertamente dispares: héroes de la patria, héroes de la literatura, héroes de la crítica, héroes del boxeo. Contemplados bajo el cristal de la emigración, los percibo en conflicto, trabados, retorcidos, inseguros, vacilantes –pero héroes incluso así.

Mis héroes del boxeo son Justo Suárez, Luis Ángel Firpo (escribí una novela donde aparece Firpo), el “Mono” Gatica, “Ringo” Bonavena. Todos ellos campeones imbatibles que, sin embargo, perdieron las peleas respectivas por el título mundial porque, teniendo que pelear en un ámbito ajeno (el Polo Grounds, el Madison Square Garden), no se hallaban, se deprimían, se debilitaban (ver “Torito” de Julio Cortázar, ver *Gatica, el mono* de Leonardo Favio, donde todo esto aparece bien).

Mi héroe de la literatura es Esteban Echeverría (escribí una novela que gira en torno de Echeverría), importador del romanticismo en Argentina, escritor fundamental de esa generación (la del 37) que se erigió como fundadora de la literatura nacional a mediados del siglo XIX. Con tal de no emigrar, en tiempos de Rosas, Echeverría se recluyó largamente en el sopor anodino de una casa de estancia, que todavía se conserva, en las afueras de Luján. Y cuando por fin se vio obligado al exilio, cruzó al Uruguay; murió en Montevideo en 1851, pero como su cuerpo nunca fue hallado, se quedó para siempre sin el retorno postrero de la repatriación. Su emigración forzada se volvió, a la par que inmaterial, definitiva. La condición del emigrado se selló en Echeverría, no a causa de la muerte, sino a causa del cuerpo perdido. La emigración se consuma en él como un cuerpo que se pierde y del que no se sabe más.

Mi héroe de la patria es José de San Martín (escribí sobre San Martín, o contra San Martín, o contra el sanmartinismo que anida en mí, una novela, dos cuentos, una tesis doctoral, cinco o seis artículos y un libro de ensayo). San Martín emigró a Europa en 1824, murió en Francia en 1850 y fue repatriado a Buenos Aires en 1880. Vivió como emigrado y murió como emigrado. Y si regresó de la emigración, fue ya muerto (a diferencia de Eva Perón, sobre la que también escribí un ensayo, que emigró ya muerta). La emigración se revierte, en San Martín, como recuperación de restos: como vuelta, no de una persona, sino de un cuerpo inerte: de las cenizas. Mucho antes, en 1829, San Martín había vuelto a Buenos Aires; el barco que lo traía llegó al puerto y amarró, pero San Martín se negó a bajar a tierra. Atado literalmente a la ciudad, pero espacial y técnicamente fuera de ella, en esa escena la emigración es suspensión, borde, umbral, inminencia: casi una llegada, casi una vuelta, ni afuera ni adentro, ni emigrado ni inmigrado, ni expatriado ni repatriado: el grado cero de la migración.

Mi héroe de la crítica y la teoría es Walter Benjamin (escribí un ensayo sobre Benjamin). Por momentos lo percibo como un emigrado crónico: siempre fuera de lugar, boyando, un poco acá y un poco allá, en fuga incesante, en desplazamiento continuo, itinerante sin reposo, judío errante, el que nunca pudo volver a su lugar. Pero por momentos lo percibo, en cambio, como el mártir de la no-emigración: el que no se fue, el que no emigró, el que se empeñó en quedarse, el que no se decidía a hacer lo que Adorno, o Horkheimer, o Marcuse, ya habían hecho; el que vio Central Park tan sólo como título para un ensayo más sobre Baudelaire, el que no embarcó y no salió de Europa; el que se quedó, como ya sabemos, para siempre en un puesto de frontera, el que detuvo el trance de la emigración con un suicidio, el que perdió la vida –según se vea– porque quería emigrar y no podía, o porque pudiendo emigrar no había querido. La emigración no es en él una decisión, sino una indecisión, un estado de vacilación que se alarga dramáticamente, y que concluye más dramáticamente aun. Esta es la manera en que la emigración detona, como en un atentado, al chocar frontalmente contra la voluntad de pertenencia.

Ponencia presentada en el Simposio “Literatura argentina: adentro y afuera. Un simposio sobre migraciones e identidades culturales”, desarrollado en el King Juan Carlos I of Spain Center, New York University, New York, EE.UU., los días 1 y 2 de diciembre de 2005. Publicado bajo el título “La emigración en ciernes”, en *Poéticas de la distancia. Adentro y afuera de la literatura argentina* (editado por Sylvia Molloy y Mariano Siskind), Norma, Buenos Aires, septiembre de 2006.